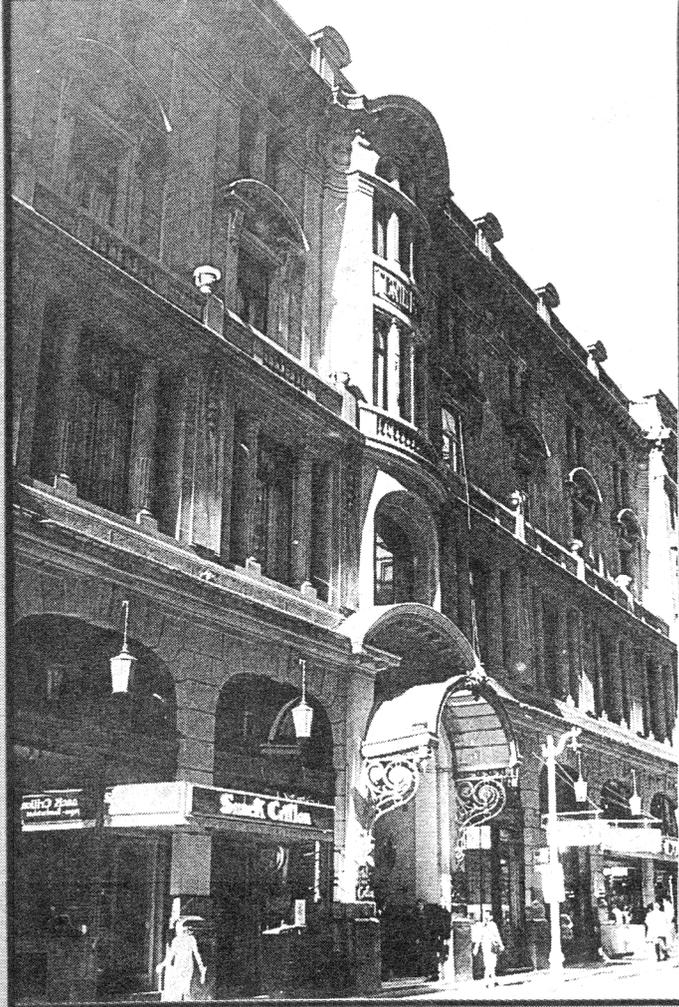


Murió María Carolina Geel Desaparece Autora de Tragedia en el Crillón

por Anita Karina González

La novelista de 82 años cobró notoriedad a mediados de los años 50, al protagonizar un crimen todavía inexplicable. Recluida en prisión, escribió «Cárcel de mujeres», probablemente la más conocida de sus obras.



El elegante Hotel Crillón fue el escenario del crimen pasional.



“Los actos nacen con una” escribió M. Carolina Geel, a modo de explicación para el homicidio.

PECULIAR y trágica. Así podríamos definir la vida de María Carolina Geel, novelista chilena que, en las décadas del 40 y 50, se destacó como una de las más originales y audaces del medio nacional.

Autora de relatos breves, por lo general con buena acogida de la crítica, fue, con todo, una escritora para poco público. Una figura misteriosa cuya mayor notoriedad no estuvo en las letras, sino en el episodio mórbido y oscuro de un crimen pasional. Un suceso del que fue protagonista y que, de cierta forma, la transformó a ella misma en un personaje novelesco, tan lleno de sorpresas, vaguedades e incongruencias como las que caracterizaron a las obras de su corta producción literaria.

Nacida en Santiago, en 1913, su verdadero nombre era Georgina Silva Jiménez. Morena y grácil, de pequeña había practicado el patinaje, por lo que, en su juventud, se hizo notar por un cuerpo esbelto y bien plantado, a pesar de su baja estatura. Solía estar rodeada de pretendientes y, de hecho, se casó y separó varias veces. Tuvo un solo hijo, que ya mayor, partió a radicarse a México, donde murió hace un par de años.

Siendo una joven de clase media, Georgina pasaba sus días sin mayores sobresaltos. Por un buen tiempo se desempeñó como taquígrafa de la Caja de Empleados Públicos y Periodistas, sin que nada hiciera presagiar para ella un destino fuera de lo común.

No obstante, siempre pareció latir en su interior una fuerza especial, que la revelaba ante quienes llegaron a conocerla a fondo como una pieza única, de raro y a veces incomprensible atractivo. Pero los que tuvieron este privilegio fueron pocos. Retraída a la vez que dependiente de la estimación ajena, ejerció sobre su reducido círculo de amistades una rigurosa y en ocasiones implacable selectividad.

Los críticos destacan el carácter cerebral de sus narraciones

Un antiguo amigo suyo, el crítico Edmundo Concha, la recuerda como una mujer extraordinariamente culta y refinada, que unía a un acabado conocimiento literario un gusto exquisito por la música. Era, sobre todo, una gran conversadora.

Un intelecto en varios aspectos privilegiado, que sabía cautivar a su interlocutor, siempre que éste respetara las condiciones impuestas por su temperamento fuerte y susceptible.

Por eso no fue extraño que pasara de la palabra hablada a la escrita. En 1946, publicó *El mundo dormido de Yenía*, obra que relata las vicisitudes de una joven que vacila entre dos amores. A esta primera novela siguieron, *Extraño estío* (1947), *Sañaba* y *amaba el adolescente Perces* (1949, reeditada en 1956), *Cárcel de mujeres* (1956), *José, el pequeño arquitecto* (1956) y *Huida* (1961). Se trata, a juicio de los entendidos, de obras singularmente densas, a pesar de su escaso número de páginas.

En su Panorama literario chileno, por ejemplo, Raúl Silva Castro resalta las “insinuaciones psicológicas, que con justicia llamaron la atención de la crítica al momento de su aparición”. Montes y Orlandi, en tanto, destacan en su *Historia y antología de la literatura chilena* el rasgo más cerebral que emotivo de las narraciones, y dicen respecto de la autora: “su presencia en nuestra literatura es un caso interesante por su originalidad. Posee gracia e inteligencia para expresar sutilezas anímicas, luchas espirituales que acompañan no a las decisiones trascendentales, sino a las cotidianas y vulgares. Son fluctuaciones rapidísimas del espíritu, tan inestables y difusas que suelen aparecer como inconexas y desorientadoras incluso para el mismo que las experimenta”.

Es común a sus novelas, además, un elemento de erotismo expuesto con cierto desenfado para la época.

Por otra parte, y completando su hacer como escritora, María Carolina Geel quiso agregar a su faceta de narradora, la de cronista y crítica literaria. Así, en 1949, publicó el ensayo *Siete escritoras chilenas*, que, tal como ocurrió con sus obras de ficción, no alcanzó mayor resonancia, aunque sí se le reconocieron algunos méritos, como su seriedad y ponderación. También comentó libros, primero en «El Mercurio» y luego en la revista «Pec», dirigida por Marcos Chamúez.

La relativa continuidad de sus actividades, sin embargo, resulta engañosa. La verdad es que la vida de María Carolina Geel presenta un hito insoslayable. Un acontecimiento que divide su historia de manera fatal, que la quiebra en un antes y

un después perfectamente identificados. El después toma la forma de un retiro lento pero inevitable hacia un grupo cada vez más estrecho de incondicionales. El antes tiene un término exacto, con lugar, fecha y hora señalados.

En 1955 escribe una página definitiva

A las cuatro de la tarde, el 14 de abril de 1955, y sobre una mesa del salón de té en el elegante y concurrido Hotel Crillón, la novelista escribiría su página más definitiva. En lugar de pluma, en su mano había una pequeña pistola. Sobria y precisa, como era su estilo. Cuatro disparos sobre su amante, el joven de 32 años Roberto Pumarino Valenzuela, con quien mantenía una larga y tormentosa relación; luego un macabro beso de despedida, y por fin una actitud singularmente serena cuando la policía llegó para retirarla del local.

“Los actos nacen con una”, escribió tiempo después a modo de escueta explicación para el homicidio. La versión del acto gratuito, o sin razón, la había vertido también en sus primeras declaraciones. “Al preguntársele para que exprese en forma más precisa los motivos que tuvo para disparar —señala el acta de su declaración ante el Tribunal— contesta en forma incoherente”. “Es la vida”, se limitó a decir en un momento.

Su actitud desconcertante dio pábulo a todo tipo de especulaciones respecto del crimen. La prensa se inclinó por los celos, aunque esto fue algo que la propia escritora negó desde un principio. Para los jueces y los peritos siquiátricos se trataba más bien de un acto de una personalidad desequilibrada, momentáneamente fuera del control de sus impulsos, aunque no demente. De ahí que los tribunales la sentenciaran, pero que la condena fuera leve: tres años y un día, reducidos luego a un año y medio gracias a un indulto.

Que sus libros declaren por ella, recomendaba Alone

Despecho o locura. Hubo quienes, incluso, se atrevieron a ir más lejos en los móviles que impulsaron la resolución de la escritora. El resultado de una “intoxicación intelectual”, aventuró un psicólogo que, por lo demás, no tuvo empachos en describirla como una mujer fría, ególatra, vanidosa y triste, incapaz de sentir emociones fuera de los límites de su propio mundo mental.

Como fuere, lo cierto es que de su experiencia en la Correccional del Buen Pastor, la autora supo sacar el material necesario para dar muestras, una vez más, de su particularísima sensibilidad y sentido de la observación, escribiendo *Cárcel de mujeres*, su antepenúltima obra editada y probablemente la más conocida.

En un estudio realizado sobre este singular relato, en el marco de su libro *Crimen y literatura*, Manuel Zamorano pone de relieve el valor más documental que literario de aquella suerte de diario de vida objetivo, en el que María Carolina Geel intercala la angustia de su propia experiencia como reo con una visión desapasionada de la vida en el presidio. “No hay argumento ni trama novelística”, señala Zamorano, y en otro párrafo se hace cargo de una nueva versión dada por la autora respecto de sus motivos, esta vez relacionada con la idea del padre ausente.

Una interpretación más para el misterio. Quizás si lo mejor, al cabo, sea no ir más allá de las palabras de Alone, quien desde su columna en *Zif Zag* lanzó una ardorosa defensa de la escritora en los momentos en que algunos achacaban su crimen al exhibicionismo. Será preciso que sus libros declaren por ella, advertía entonces el crítico, después de meditar preguntas que para él, y para el resto, resultaban incontestables: “¿Qué le sucedió esa tarde, qué pasó por ella, quién se apoderó de su mano para disparar?...”

Quién sabe si la propia María Carolina Geel halló por fin las respuestas.